

## «sobre la decadencia económica de España»

CON este título, la Editorial Tecnos ha recogido una serie de ensayos escritos en diversas publicaciones por el profesor Juan Velarde Fuertes, catedrático de Estructura e Instituciones Económicas de España de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

El libro del profesor Velarde tiene un gran interés por la correcta visión de los grandes problemas que afectan a la economía española. Su diagnóstico es claro y pesimista. Cuatro pilares, afirma Velarde, fundamentan la política económica española del siglo XX: «Una política industrial decidida en su apoyo al monopolio, una política comercial declaradamente proteccionista, una política monetaria inflacionista y una política fiscal muy lúida, de marcado carácter regresivo».

Electivamente, para Velarde, el sistema tributario está presidido por su regrevidad, acelerada «como consecuencia del triunfal restablecimiento de la imposición de consumos en la reforma tributaria de 1940», complejidad, poca flexibilidad, comodidad en la recaudación y amplias posibilidades de defraudación. Recordemos, a este respecto, la casi nula entidad del impuesto sobre la renta, la constante elevación de los indirectos así como las periódicas amnistías y moratorias fiscales y la «escudilla y raquita» imposición sobre el capital. Un ejemplo es aleccionador. En 1957, el número de contribuyentes con renta anual superior a los seis millones de pesetas era de 342. Al año siguiente, sólo tres personas sobrepasaban esta cifra. Un verdadero vendaval defraudador había evaporado a los millonarios españoles.

Si la inflación, cuyas nefastas consecuencias padecemos, parece ser un mal crónico necesario para la supervivencia de los empresarios españoles, nuestro proteccionismo, afirma Velarde, es uno de «los más agudos del mundo». «El desarrollo económico», continúa el profesor de Estructura, se fundamenta en el fomento de actividades protegidas de la competencia exterior por elevados aranceles que proporcionan «una base amplísima para que los empresarios españoles desarrollen tendencias monopolistas».

Es, precisamente, el tema de los monopolios el problema que más preocupa al profesor Velarde a lo largo de sus ensayos. Las estructuras monopolistas, perceptibles en varios sectores, se asientan en los siguientes puntos: a) Fuerte concentración empresarial del control financiero. «La existencia de las mismas personas en puestos directivos de empresas», dice Velarde, indica en principio una tendencia hacia la coordinación de las actuaciones de estas entidades. A través de estos engraces suelen crearse potentes grupos financieros, con indudables posibilidades de acción monopolista».

b) Acuerdos anticompetitivos. «Todo esto», señala Velarde, se completa con los acuerdos que sobre reparto de mercados y control de producción se verifican por una serie de asociaciones, en ocasiones incluso apoyadas por el Estado».

c) Elevado grado de pleopolio. La posibilidad de afluencia de nuevas empresas a cada rama industrial se encuentra con el nuevo obstáculo de la fijación de dimensiones mínimas tan elevadas que, en ocasiones, suponen una cifra mayor que la misma producción total española del producto.

La política de dimensiones mínimas y de concentración de empresas sólo es compatible si va acompañada de unas posibilidades más claras de competencia externa.

En caso contrario, dicha política sólo conducirá a un acrecentamiento del grado de monopolio en la industria española y a un endurecimiento de la incoherente, irracional e injusta estructura económica de nuestro país. «Las organizaciones monopolísticas», recuerda el profesor Velarde, encuentran su justificación en ocasiones por el gran incremento que originan en la producción y por la baja de precios que esta producción en gran escala proporciona», pero si el capitalismo termina creando unidades industriales gigantes, fuertemente burocratizadas «es vano buscar la figura del combativo empresario arrojando los riesgos del mercado». En este caso, la «libre empresa» sobra.

d) Por último, «la Banca aumenta el grado de monopolio de una estructura económica».

En nuestro país, el I. N. I., señalaba Velarde, «puede servir para disminuir en forma grande el grado de monopolio dentro del que se mueve la industria española». Sin embargo, en una reciente entrevista, el profesor de Estructura patentaba su desilusión. «Resulta verdaderamente oprobioso cuando uno observa que no asista quitarle al Instituto Nacional de Industria sus mejores empresas; que se lleven los fondos del sector público a instituciones que no han hecho nada por merecerlo o que se bloqueen empresas que tienen buen rendimiento (como Enatidasa). La realidad es que el primer intento serio para establecer el régimen de competencia en un sector básico como la siderurgia ha resultado fallido».

Por todo ello es lógico que el profesor Velarde alceza una visión pesimista de la «precisa reforma de estructuras».

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

## submarino encarnado

LA persistencia de la guerra fría condicionó un tipo de cine que reflejaba esa situación política. En definitiva, la proliferación de films de «agentes secretos», más o menos hijos espúreos de James Bond y demás colegas, no es sino una prolongación de esa tensión existente entre las dos grandes potencias que se reparten la hegemonía mundial. Naturalmente, las películas que hemos visto respondían, solamente, a una de las partes, la situada en la zona de influencia de los Estados Unidos, y, por supuesto, salvo ligeras e imperceptibles variantes, la tesis moral consistía en los denodados esfuerzos de honestos ciudadanos americanos —o de su órbita de influencia— por desmentar las páfidas maquinaciones de malévolos espías soviéticos —o a sueldo de cualquier Gobierno del Este—.

Stanley Kubrick fue el primero en poner en tela este tipo de cine con «¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú», al tiempo que trazaba una profunda sátira de la coexistencia pacífica, entendida como una pausa entre dos guerras. Kubrick señalaba, con enorme lucidez, el peligro de una contienda nuclear que se podía producir por un simple azar. Para ejemplificar los presupuestos de Kubrick, su película se estrenó en España al tiempo que tenían lugar los sucesos de Palomares. El film de Kubrick era una parábola política de singular eficacia. Resultó una obra polémica: se lo consideró desde obra maestra hasta trivialización de un asunto importante. A mi juicio, el carácter sarcástico del film acentuaba el sentido trágico de la historia, con lo que Kubrick podía llamar la atención hacia el pavoroso poder de destrucción de las armas nucleares.

Es evidente que el film de Stanley Kubrick ha servido de modelo a «¿Que vienen los rusos, que vienen los rusos!», de Norman Jewison, o por lo menos ha preparado la evolución de una mentalidad pública que antes hubiera rechazado un film semejante. Y no es que «¿Que vienen...!» sea un film de «ideas avanzadas», pero tampoco hay que olvidar que hace sólo un par de años pensar en su realización hubiera sido imposible. Téngase en cuenta que Stanley Kubrick tuvo que irse a Inglaterra para rodar «¿Teléfono rojo?».

Un submarino soviético ancla en los bancos de arena de la playa de Gloucester, Nueva Inglaterra. Un reducido grupo de marineros desembarca clandestinamente para buscar un motor que pueda remolcar a su submarino hasta alta mar y poder seguir su ruta. Pero la presencia de los ciudadanos rusos en esa pequeña localidad norteamericana es advertida por la vieja telefonista, que da la alerta. Inmediatamente se produce la conmoción: las fuerzas vivas se disponen a repeler la «invasión». La película narra esta locura colectiva que, a escala local, traduce toda una mentalidad nacional dominada por los clichés propagandísticos y las consignas políticas.

En ningún momento, Jewison llega al grado de violencia sarcástica que posee Kubrick. Su humor es blando y poco incisivo, y la película no pasa de ser una comedia bienintencionada, pero de escaso vigor. Es simpática, desahogada, saludable, que no es poco. Lástima que la «moralaja» se resuelva en esa sentimental escena final de rusos y americanos cooperando en la salvación de un niño que se ha quedado enganchado en la torre del campanario.

De todas formas, este film supone el «rescate» de Norman Jewison para el género de la comedia, en el que se había especializado con poca fortuna. En efecto, los primeros films de Jewison que llegaron a España eran comedias insulzas y de poco valor: «El arte de amar», un film «de» Doris Day... De repente, tuvimos la agradable sorpresa de «El rey del juego», película «dramática» que nada, o muy poco, tenía que ver con sus anteriores intentos. Jewison recuperaba con ese film —titulado en inglés «Cincinnati Kid»— categoría: se podía empezar a tenerle en cuenta. Asumiendo la tradición cinematográfica americana de los años 40, Jewison llevaba a cabo un sólido trabajo: resultaba difícil reconocer en el pulso vigoroso y personal de este realizador al artesano sin gracia de aquellas comedietas.

«¿Que vienen los rusos!...» era interesante, a priori, como test para descubrir si Jewison estaba dotado para la comedia o sólo para esa vertiente dramática que se apuntaba en «El rey del juego». Una vez vista la película hay que admitir que, si bien el film protagonizado por Steve McQueen sigue siendo la obra más personal e interesante de Norman Jewison, la comedia es un género en el que puede desenvolverse con evidente soltura. Hay una serie de escenas que acreditan la habilidad incuestionable de Jewison para género de tanto abolengo en el cine americano: el borrachín tratando de montar infructuosamente su caballo, el sordo que no se da cuenta de la presencia de la telefonista atada y amarrada, la caravana de coches invadiendo el aeropuerto, la escena del escritor y la abesa telefonista bajando las escaleras...

Entre estas dos vertientes, Jewison optará, posiblemente, por este tipo de comedia, con el que ha conseguido un gran éxito comercial.

JESUS GARCIA DE DUENAS